



La liturgia de este domingo sigue profundizando en esa **verdad incómoda**, de la que se nos habla en el anterior. Hoy el Evangelio nos presenta una pregunta que todos nos hemos hecho, quizás, alguna vez: “Señor, ¿serán pocos los que se salven?” (Lc 13,23).

Jesús no responde con números, sino con una imagen: “*Esforzaos por entrar por la puerta estrecha.*” (Lc 13,24). La salvación no es una cuestión de cantidad, sino de autenticidad. No se trata de estar cerca físicamente de él, sino de vivir según su voluntad.

San Gregorio Magno nos advierte: “**No todos los que están cerca del altar están cerca de Dios. La cercanía verdadera es la obediencia.**” (Homilía sobre los Evangelios, 38)

Pero este esfuerzo no es solitario ni excluyente. Aquí es donde la primera lectura de Isaías 66,18–21 ilumina el Evangelio con una luz esperanzadora. Dios dice: “*Yo vendré para reunir a todas las naciones y lenguas; vendrán y verán mi gloria.*”

Es decir, la puerta estrecha no es una puerta cerrada. Es una puerta que se abre a todos los pue-

blos, a todas las culturas, a todos los corazones que buscan sinceramente a Dios.

San Ireneo de Lyon lo expresa con fuerza: “**Dios no excluye a nadie que quiera acercarse. Su mesa está preparada para todos los pueblos.**” (Contra las herejías, IV)



Isaías nos habla de enviados que proclamarán la gloria de Dios a las naciones que no lo conocen. Y lo más sorprendente: “*De entre ellos tomaré también sacerdotes y levitas.*” El Altísimo no solo llama, también consagra. La salvación no es privilegio de unos pocos, sino vocación para todos.

Jesús lo confirma en el Evangelio: “*Vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios.*” (Lc 13,29) Es la gran apertura del Reino. Es la respuesta a la pregunta inicial: no sabemos cuántos se salvarán, pero sabemos que Dios quiere salvar a todos.

Pero San Agustín nos recuerda: “**Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti.**” (Sermón 169)

Es decir, la salvación es don, pero también respuesta. Es gracia, pero también compromiso.

Hoy se nos invita a entrar por la puerta estrecha. Esta imagen no es solo una advertencia, sino una invitación a vivir con seriedad el Evangelio. La puerta estrecha representa el camino exigente del amor verdadero, la humildad, la renuncia al pecado y la fidelidad a Dios. No basta con haber “*comido y bebido*” con Él, como dice el texto, sino que se requiere una transformación interior. Los Padres de la Iglesia han reflexionado profundamente sobre este pasaje. San Juan Crisóstomo enfatiza que la puerta estrecha no es un obstáculo, sino una elección diaria de vivir según el Espíritu.

Este pasaje, rumiado a la luz de la Tradición de la Iglesia, se convierte en una brújula espiritual: no se trata de temer la estrechez, sino de abrazarla como el camino que conduce a la plenitud. Y junto a la puerta estrecha, también a abrir el corazón a la universalidad del Reino. A no juzgar quién entra o quién no, sino a vivir con humildad, con fe, y con esperanza. Porque como dice Isaías, “*vendrán y verán mi gloria.*” Y esa gloria es Cristo, luz para todas las naciones.





Salmo 116



Alabad al Señor, todas las naciones, aclamadlo, todos los pueblos: Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre.

La liturgia de este domingo nos ofrece, como salmo responsorial, al más breve del salterio y, sin embargo, es el más universal de toda la Escritura: el 116 según la Vulgata, que en nuestras Biblias modernas corresponde al Salmo 117. Con solo dos versículos, este himno es una explosión de alabanza que trasciende fronteras, tiempos y pueblos:

Contexto histórico

Forma parte del Hallel, el conjunto de salmos (113–118) que los judíos recitaban durante las grandes fiestas, especialmente la Pascua. Jesús mismo lo habría cantado con sus discípulos en la Última Cena, justo antes de dirigirse al Huerto de los Olivos. Así, este canto de alabanza se convierte en un eco de la esperanza que sostiene al creyente incluso en la noche más oscura.

En tiempos del Antiguo Testamento era una invitación profética: que todas las naciones, no solo Israel, alabaran al Señor. En él ya se vislumbra el misterio de la Iglesia, que reúne a todos los pueblos bajo una sola fe y un solo bautismo.

San Agustín, comentándolo, se maravilla de cómo Dios ha extendido su misericordia más allá de

los confines de Israel. El dice: *“¿Por qué todas las naciones? Porque todas han sido llamadas a la salvación. Ya no hay distinción entre judío y gentil, porque la misericordia de Dios ha sido confirmada sobre todos”*.

San Juan Crisóstomo, por su parte, destaca el carácter misionero del salmo: *“No dice ‘alabadlo los israelitas’, sino ‘todas las naciones’. Es el anuncio de la Iglesia que ha de extenderse por toda la tierra.”*



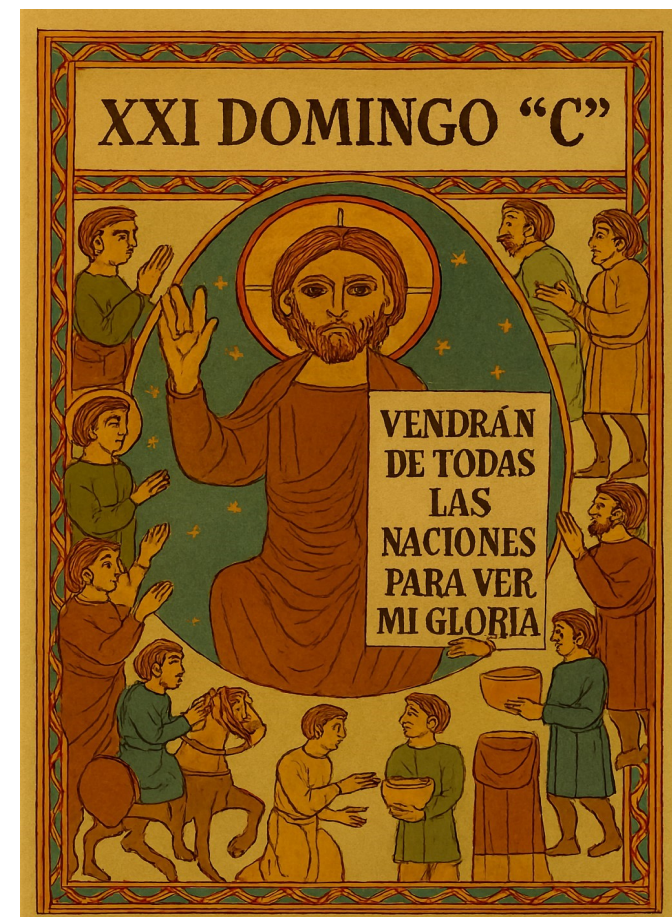
Aplicación espiritual

Este salmo nos recuerda que la alabanza no es solo un acto litúrgico, sino una vocación universal. Alabar a Dios es reconocer su misericordia en nuestra vida, proclamar su fidelidad en medio de nuestras pruebas, y unirnos a la voz de toda la Iglesia que canta desde los mártires hasta los recién bautizados.

La misericordia de Dios ha sido “confirmada sobre nosotros”: no es una emoción pasajera, sino una alianza eterna. Y su verdad no cambia, no se adapta a las modas, no se desvanece con el tiempo. Permanece. Que nuestra vida sea una alabanza que sube como incienso y se extiende como testimonio.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis



Unos textos para guardar en la memoria del corazón

Lc. 13,22-30



Jesús pasaba por ciudades y aldeas enseñando y se encaminaba hacia Jerusalén. Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Él les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán».